

## DÍPTICO PARA UN MIÉRCOLES EMBOSCADO

## I

El amor es un bosque que se enciende  
con cenizas y epílogos  
cada vez que lo nombras con esdrújulas.  
Por ejemplo, si dices “archipiélago”,  
alerta a sus luciérnagas hasta la medianoche  
en un ir y venir de naufragados y luz en panorámica.  
Se amontona en las hojas y los miércoles  
igual que las culebras amaestradas,  
se hace cálculo, látigo. Y no sabe fingir,  
frenar con precisión su enredadera,  
sobre todo, los miércoles.  
Por alguna razón inexplicable,  
los días de Mercurio es pasto de los escaparates y los cines,  
de las comidas rápidas y los afectos tópicos.  
Confunde las paredes con tu espalda,  
las ramas con tus párpados. Se adhiere como un reo  
a la penumbra insípida  
del bostezo y la calma, como todos los bosques,  
con una transición de sol y de Prozac,  
de gusano que sabe hacerse el muerto.

No sé bien qué raíz o qué savia logró  
ser memoria plural:  
paisaje verdeado por sus sepultureros.

## II

El bosque es un amor de clorofila  
que masca en sus entrañas  
los Donuts y la mística con ron y Coca Cola.  
Belcebú nos enseña a volar como moscas  
en un mundo cuadrado  
en un coito de lluvias que no saben qué hacer con el otoño.  
Los miércoles destilan un perfil a pradera  
sedienta de emboscadas. Los insectos reinciden  
bendiciendo a su dios.  
Las esdrújulas son un contrabando  
de urgencias y de amantes:  
milimétricos besos de carbón sin oxígeno.  
Con ellos nos hicimos  
expertos en morir por sed de savia,  
en recorrer paisajes que medían  
la voluntad del parque, su exactitud de árbol  
y de incendio  
contra sombras chinescas que investigan

la dimensión que tienen las estatuas.

Somos bosques de un alma casi atea

con aliento animal entre las ingles,

hijos inmerecidos del manzano,

bellísimos reptiles que transitan a solas la Gran Vía.